
La práctica de la espiritualidad ignaciana*

P. Peter-Hans Kolvenbach, sj.

El origen de la expresión *Ejercicios Espirituales* no se atribuye a san Ignacio. Tanto el nombre como la realidad existían bastante antes que él. Es posible que durante su estancia en la abadía de Montserrat, en Cataluña, Ignacio haya dado con el *Compendio breve de Ejercicios Espirituales* escrito por Fray García de Cisneros y destinado a los peregrinos del monasterio. La originalidad ignaciana reside, más bien, en la significación más profunda que ha otorgado tanto a la experiencia de ejercicios como a su finalidad espiritual. La expresión nos resulta demasiado familiar, con el alto riesgo de que olvidemos que es bastante problemático unir dos realidades -*ejercicios* y *espiritual* - aparentemente incompatibles entre sí. Basta consultar el librito de san Ignacio para constatar que, si bien la dimensión espiritual abre amplios horizontes, invitando a una generalidad ilimitada para alcanzar la contemplación del amor infinito de Dios, las páginas dedicadas a los ejercicios, en cambio, nos encierran en una obsesión por el detalle, en un exceso de precisiones y en minuciosas prescripciones. Ambas dimensiones *ejercicios espirituales* van parejas y todo el libro aparece organizado entre estos dos polos, que Ignacio llena de sentido.

Dos ejemplos sobradamente conocidos. La Anotación decimaquinta abre bien nuestra búsqueda de Dios a un Creador que se comunica a la persona que le es fiel, *abrazándola* [o *abrasándola*] *en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante* [15]. En otro estilo bien diferente, en la cuarta Adición de la Segunda Semana, Ignacio

* (Discurso en la Consulta sobre Espiritualidad. Roma: 17/02/03)

nos invita a la contemplación, sin olvidar las posibles posturas: *cuándo de rodillas, cuándo postrado en tierra, cuándo supino rostro arriba, cuándo sentado, cuándo en pie; andando siempre a buscar lo que quiero* [76].

Desde el comienzo [1], Ignacio recalca que, para él, *ejercicio* es un esfuerzo humano metódico, con una práctica y técnica estructuradas, como *pasear, caminar y correr*. Estos ejercicios corporales, citados por orden de intensidad, de ningún modo están espiritualizados, como, en cambio, sí lo harán posteriormente ciertos comentaristas: *caminar ante su Faz, correr por la vía de los mandamientos o pasearse como el amado del Cantar de los Cantares entre los lirios*.

A pesar de una incompatibilidad aparentemente radical entre, por una parte, toda técnica (incluso espiritualizada), entendida como el esfuerzo humano interesado y organizado, y, por otra, un encuentro con el Señor en el Espíritu, don y pura gratuidad, Ignacio no se apoya solamente en una base concreta y corporal del ejercicio, sino que lo convierte en un sistema, en un método paradójicamente espiritual. Es un método que llega a incluir técnicas para concentrar la imaginación, para explorar la memoria, para poner en juego a la inteligencia y, sobre todo, para guiar a la voluntad como facultad de amar. Incluso arriesgándose a ser considerado como un obseso del orden y del detalle, Ignacio pone en movimiento igualmente el entorno humano; el uso de la luz del día, el modo de comer, la lectura de algunos libros y una distribución minuciosa de su tiempo están concebidos para dar sentido y eficacia a los ejercicios en su realidad corporal y concreta.

La apertura a lo espiritual, a *entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor* [5], llegando hasta una ofrenda ilimitada de todo su querer y su libertad a los movimientos del Espíritu [234], es tan evidente que no precisa de mayor aclaración. Sin embargo, es necesario colocar en su sitio lo que propiamente se considera *ejercicio* con respecto a lo espiritual. Acaso no será todo este método una simple preparación que -como en los ejercicios de Zen-, en definitiva, se queda fuera del ámbito del auténtico encuentro con el Señor? Toda esta puesta en acción, no será quizás un calentamiento -útil, sin duda, como corresponde a todo dominio propio ascético-

demasiado aleatorio con respecto al encuentro místico, cuyo único Maestro es el Señor? Por qué hay que supeditar la rica y siempre actual espiritualidad ignaciana a un método que tenía un sentido en el siglo XVI, pero que lo ha perdido en el tercer milenio?

Nos equivocáramos si pensáramos que Ignacio apostaba por tal o cual ejercicio particular. Cuando, a fin de hacer la Cuarta Semana más gozosa, invita a *usar de claridad o de temporales cómodos, así como en el verano de frescura, y en el invierno de sol o calor* [229], sabe de sobra que la eficacia de los Ejercicios Espirituales no puede depender ni del clima ni de los grupos electrógenos. No obstante, Ignacio no podía concebir una Cuarta Semana sin base concreta metódica, para *me afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor*. Si Ignacio acude a estos apoyos concretos, es sólo en la medida en que la persona que recibe los Ejercicios *piensa o conyecta que* [esto] *la puede ayudar para se gozar en su Criador y Redentor*.

Aquí hemos de tomar en serio la expresión *en su Criador y Redentor*, igual que Ignacio se vale también en las *Constituciones* y en sus cartas de la fórmula *en el Señor nuestro*. Casi siempre se trata de una elección concreta que hay que hacer, de una decisión precisa que hay que tomar. Esta preposición *en* supone la invitación y el recuerdo a *disponerse* [1] -propósito de los Ejercicios Espirituales- para recibir de lo alto el don del discernimiento; es decir, con el vocabulario de los *Ejercicios Espirituales*, que *aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba, del amor de Dios* [184]. Por lo tanto, Ignacio no quitará importancia al hecho de estar en ejercicios *cuándo de rodillas, cuándo postrado en tierra, cuándo supino rostro arriba, cuándo asentado, cuándo en pie* [76]; Ignacio dice que es necesario sentir qué postura corporal ha escogido el Señor para mí, a fin de que yo halle lo que deseo en el Señor. Lo que importa es que el método, el ejercicio concreto que necesito para encontrar al Señor, sea asumido por el Espíritu en sinergia conmigo. De este modo, los Ejercicios, permaneciendo muy concretos, corporales y materiales, no son instrumentos infalibles para darnos a nosotros mismos lo que sólo puede ser un don de Dios, sino que, paradójicamente, los ejercicios tocados por el Espíritu despliegan una actividad metódica que nos conducen, en el Señor nuestro, en la gratuidad de Dios, a una pasividad plenamente

el Señor nuestro, en la gratuidad de Dios, a una pasividad plenamente personal de acogida y de deseo de encuentro. Dicho de otra forma: al actuar, las facultades humanas no dan lugar a la oración con una especie de artificio que pretende influir en Dios, incluso presionándole para que nos responda, sino que captan que Dios ya estaba antes presente en ellas, en plena actividad suya, siempre y cuando se mantengan los ejercicios de todo tipo en un estado de disponibilidad, eligiendo sólo lo que el Señor ha escogido justamente para nosotros, precisamente en la concreción de los ejercicios. Tanto cree Ignacio en esto, que utiliza el verbo *mudar* en esta relación entre *ejercicio* y encuentro con el Señor. En efecto, cuando la persona que recibe los ejercicios no logra encontrar lo que desea -la respuesta del Señor-, Ignacio considera que *muchas veces aprovecha hacer mudanza en el comer, en el dormir y en otros modos de hacer penitencia. (...) Y como Dios nuestro Señor en infinito conoce mejor nuestra natura, muchas veces en las tales mudanzas da a sentir a cada uno lo que le conviene* [89]. La razón de fondo para llevar a cabo estas mudanzas en el modo concreto de hacer los ejercicios es estar seguro de que ellos han sido elegidos también por Dios, dejar que sea Dios quien nos enseñe la elección de los ejercicios que más convienen a tal o cual persona para estar unida al Señor. De esta manera, Ignacio considera esencial que nos atengamos a los ejercicios en sus formas concretas y encarnadas, y que, por otro lado, estos ejercicios sean asumidos integral y espiritualmente en el Señor nuestro.

Es el momento de llegar a algunas conclusiones que se desprenden de lo que acabamos de descubrir. En primer lugar, se da una fuerte personalización, en el sentido de que Ignacio siempre ha querido impedir a otros toda imitación servil o toda copia de su propia experiencia mística. Si hasta tres años antes de su muerte en 1556 Ignacio no empezó a hacer confidencias acerca de su aventura mística a uno de sus compañeros, resultaría muy difícil e incluso imposible reconstruirla a partir del texto de los *Ejercicios Espirituales*. Un análisis minucioso de este texto muestra un cambio en el carácter personal que se le imprime. El pronombre personal de la primera persona en singular *yo* nunca se refiere explícitamente a la experiencia personal de Ignacio, su autor, en su encuentro con Dios. De entre muchos ejemplos, hemos de mencionar aquí la expresión frecuentemente repetida *demandar lo que quiero* [55].

El autor no exige que en la oración alguien coincida con el deseo de Ignacio, sino que demande de acuerdo con su propio deseo personal. Esta insistencia de asumir su propia responsabilidad ante el Señor caracteriza a los Ejercicios Espirituales e impide toda identificación entre la experiencia personal de Ignacio -de la cual nos informa la *Autobiografía*- y a la que apunta el texto del libro de los *Ejercicios Espirituales*; éste, por respeto a la persona en su búsqueda personal de Dios [15], sólo quiere ser útil para indicar con ejercicios un camino hacia la unión con Dios (*Autob.* [99]).

Este respeto hacia la persona que recibe los Ejercicios está garantizado por la distancia que Ignacio impone entre su experiencia de Manresa y la propia del ejercitante. Asimismo por el hecho de que los *Ejercicios Espirituales* son un *libro del maestro*, un manual destinado a *el que da los ejercicios*, quien, a su vez, debe escribirlo de nuevo al servicio de la experiencia de *la persona que se ejercita*. Esto no quita que, dentro del innegable e indispensable respeto por la persona que recibe los Ejercicios Espirituales, humildemente haya que considerar el camino en toda su *longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas* [112], tal como el Hijo de Dios ha querido hacerlo realizando su misterio de encarnación. Para venir a nuestro encuentro, el Hijo de Dios ha escogido *el camino desde Nazaret a Bethlem*. Siguiéndole, nadie puede acceder a la plenitud solamente con el mero deseo de crecer; hay que ponerse en camino.

Ignacio no exige que todos tengan que recorrer su mismo camino. No obstante, nos regala un camino, entre otros, hacia Dios; un camino enriquecido con una amplia experiencia, una sabiduría práctica -ejercicio- y espiritual acumulada. Una experiencia ofrecida y recibida. Ignacio no está pensando en un director, sino en alguien que se entrega; ni tampoco en un ejercitante, sino en alguien que recibe el realismo místico de este camino de ejercicios propuestos y métodos recomendados con una actitud de generosidad y con una visión llena de amor y fidelidad. Precisamente acerca de este camino de generosidad y fidelidad Ignacio indica al que da los ejercicios que *mucho le debe interrogar cerca de los ejercicios, si los hace a sus tiempos destinados y cómo; asimismo de las adiciones, si con diligencia las hace, pidiendo particularmente de cada cosa destas* [6].

Y así en todo. El ser humano sólo llegará a contemplar a Dios por esta alianza de la visión y la organización, que el mismo Señor Dios ha querido asumir en el misterio de la encarnación. Sin dejar de pertenecer al ámbito del universal divino, ha deseado vivir en el singular humano, en lo concreto del día a día humano. Resulta imposible integrar la visión ignaciana sin esta pasión por la encarnación de Dios que ha plantado su tienda entre nosotros. Éste es el camino de los Ejercicios Espirituales: *non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est*. Esta frase atribuida a un jesuita anónimo, escrita en 1640, debe traducirse en esta dinámica, cuando se piensa en los Ejercicios Espirituales: *permanecer en el ámbito de lo más amplio -el Reino, las Dos Banderas, la Contemplación para alcanzar amor-, pero atenerse a lo más reducido -fieles a las Anotaciones y las Adiciones -; esto es lo que significa vivir lo divino siguiendo al Encarnado*.

Ignacio no considera los Ejercicios Espirituales como algo cerrado en sí mismo y limitado por las Cuatro Semanas. Presenta las contemplaciones como introducciones [162] y dinámicas para, a continuación, contemplar mejor y con mayor alcance. Por otro lado, las contemplaciones se encarnan en una elección, en una opción que proporciona una manera de proceder para *enmendar y reformar la propia vida y estado de cada uno (...) para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor* [189]. Acaso podríamos vivir un discernimiento orando, sobre todo fuera de un retiro cerrado o abierto de treinta días, sin permanecer fieles a los instrumentos que Ignacio pone a nuestra disposición en los Ejercicios Espirituales? Podríamos realmente tomar las mismas opciones del Señor sin contemplar continuamente los misterios de su vida de acuerdo con el modo ignaciano de hacerlo? Concretando más (quizá demasiado): cuando alguien debe hacer una elección concreta en su vida, puede conformarse con una *lectio divina* monástica o una oración profunda tipo Zen, o más bien debería asumir la propuesta ignaciana con sus Anotaciones y Adiciones? Ignacio da numerosas indicaciones prácticas a quienes no han podido hacer los Ejercicios Espirituales completos [18], pero calla cuando se trata de quienes los han terminado. Esto no debe extrañarnos. Ignacio confía en el jesuita ya formado: él sabrá cuándo, cómo y cuánto tiempo ha de rezar. Ya en 1599, los primeros compañeros, en un Directorio,

rezar. Ya en 1599, los primeros compañeros, en un Directorio, enmarcaron el itinerario espiritual abierto en un entramado de prácticas concretas. Cómo se puede hablar de espiritualidad ignaciana, de un camino hacia Dios, sin tener, al menos, media hora de meditación diaria, exámenes de conciencia cotidianos, los sacramentos de la reconciliación y la eucaristía, sin vivir día a día las opciones que el Señor ha tomado, sin su preferencia por los pobres, sin su amor por la Iglesia? Es cierto que Ignacio no se ocupa de lo que ocurra tras el retiro. No dice nada acerca del paso y la vuelta a la vida cotidiana después de este periodo agitado por los espíritus, pero sí confía en la experiencia fundante que cada uno ha podido vivir, siendo muy consciente de que nada será ya como antes, sino que continuará en un discernimiento orante, en una espiritualidad encarnada.

!Espiritualidad encarnada! Porque ser puesto con Cristo, gracias a la experiencia de los Ejercicios Espirituales, significa estar capacitado por el Espíritu para optar como Cristo, concretamente hoy, en nuestra historia y situación. Cuando, para ser puesto en el camino de Cristo, se enumeran las condiciones fundamentales y sus exigencias, sobresale la quinta Anotación: *entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad* [5]; pero no se concretan siempre los requisitos previos acerca de la observancia de las Adiciones *-si con diligencia las hace-* y de los ejercicios *-si los hace a sus tiempos destinados y cómo* [6]. Esta observancia se retoma negativamente más tarde, cuando se apunta como una de las causas principales de nuestra desolación *ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales* [322]. Curiosamente, el libro de los *Ejercicios* contiene un cierto número de Reglas destinadas a proporcionar a quienes no están preparados para hacer una elección, propiamente dicha, *forma y modo de enmendar y reformar la propia vida y estado de cada uno* [189]. Hay *Reglas para ordenarse en el comer para adelante* [210], *para el ministerio de distribuir limosnas* [337], *para sentir y entender escrúpulos y suasioness de nuestro enemigo* [345] y, sobre todo, *para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener* [352]. No falta quien dice que, con el pretexto de que inevitablemente estas Reglas contienen prescripciones y una presentación pasadas de moda, no se han de proponer, ni siquiera en su esencia, con el fin de encarnar las opciones concretas que se han de

tomar. Acaso supone destruir un *élan* espiritual el hecho de llevarlo hasta la realidad concreta de la Iglesia de hoy, allí donde, a pesar de todo, este *élan* debe ser vivido? Un ejemplo se nos aduce en la Cuarta Semana, donde hay que mantener el ayuno eclesial, incluso en ese tiempo pascual de gozo junto al Señor resucitado [229]. Para Ignacio, la fidelidad espiritual se traduce, en primer lugar y necesariamente, en la fidelidad al tiempo presente, al *ahora*, al *hoy*, para no huir nunca de la realidad. Las Anotaciones y las Adiciones, las Notas y los Exámenes llevan a que, *para buscar y hallar la voluntad*, tanto dentro como fuera del retiro, en toda la vida, la persona entera, cuerpo y alma, haya de entregarse *aquí y ahora*.

Del mismo modo, una espiritualidad encarnada supone que *el que da los ejercicios* se entrega de verdad, sin comportarse como alguien ausente que, pretextando cumplir la Anotación decimaquinta [15], actúa según el *laissez faire*. Ciertamente, Ignacio espera de él un uso sobrio del lenguaje, correspondiente con toda una serie de Reglas referidas al modo de hablar - *breve* [2]- y de expresarse [367-370].

Mientras que fuera de un tiempo de discernimiento orante se puede o debe incitar, empujar y urgir, durante este tiempo de elección, para que el Señor pueda actuar, hay que mantenerse *en medio, como un peso* [15], lo cual no significa ni pasividad ni ausencia de quien da los Ejercicios. Ignacio mismo prevé que este mismo *puede dar algunos espirituales ejercicios convenientes y conformes a la necesidad de la tal ánima, así agitada* [17], a fin de que se haga plena luz sobre lo que parezca mejor, purificando los motivos y ayudando a asegurar que se sirva únicamente a Dios en el *sí* a una opción concreta [179].

Con el objeto de que la espiritualidad ignaciana no se convierta en ideología, sino que permanezca como espiritualidad encarnada, gracias a esta armonía ignaciana de ejercicios y de mística, interesa tomar en serio la séptima Regla para distribuir limosnas, que precisamente invita a restringir - la ascesis- para acercarnos *a nuestro sumo pontífice, dechado y regla nuestra, que es Cristo nuestro Señor* [344]; siendo válido esto para todo género de vida, adaptándolo y teniendo en cuenta la condición y estado de las personas. He aquí todo un programa para debatir.

[* Publicado en la *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, Roma, Secretariatatus Spiritualitatis Ignaciana, cis@sjcuria.org, Num 102, 2003.]